

ce que debemos dar otro paso. Porque cuando comemos en la misma mesa, además de compartir muchas cosas, ponemos el fundamento para la comprensión de la Eucaristía, en cuanto comida de hermanos, pecadores reconciliados a quienes reúne Jesucristo. Celebrar la Eucaristía en la misma mesa que hemos comido, y a poder ser siendo en ella servidor, favorece notablemente la adhesión al misterio, aunque como casi siempre haya que celebrarla a dos voces, ya que apenas saben contestar a ninguna oración.

5. El asesino, el gitano, el policía y la prostituta en la Iglesia

Al hacer recuento de las reflexiones expuestas fácilmente observamos el enfrentamiento entre el núcleo vital y la periferia. Los enfermos de sida que hemos conocido, en su mayoría provenientes del mundo de la marginación, vivieron en los arrabales del castillo. Al acabar el tiempo de vida se recluyeron en el centro, donde se encontraron consigo mismo y con Dios. Muchos pasaron de la muerte a la resurrección en Cristo ya en esta vida, convirtiéndose en testimonio para todos. Incluso aquellos que llevaron una vida miserable e incrementaron el sufrimiento del mundo se convirtieron en sus últimos días en estímulos para una renovación de la Iglesia.

Desde la torre del trovador, se observa que la Iglesia ha acompañado bien la tarea del Espíritu Santo con estas personas, al mismo tiempo que descubre el envejecimiento de una institución mastodóntica y caduca.

Ese mismo Espíritu dispondrá a la Iglesia hasta dejarla desnuda en la cruz de su Señor, único lugar desde donde podrá resurgir un nuevo mañana. Se servirá para ello de la secularización actual, de la que estamos en el prólogo, y de un reencantamiento del mundo que no pasa, según todos los indicios, por la institución eclesial.

La reacción confesional triunfalista, que ante la grave crisis actual, acentúa los signos externos como referentes y busca en las normas el camino de la seguridad, no hará otra cosa que retrasar lo inevitable y frenar nuevas iniciativas. No se pueden poner puertas al campo. Todo intento por impedir la desnudez de la cruz será vano. El exclusivo confesionalismo posible consiste en el seguimiento de Cristo en la cruz. En este sentido, la evangelización nueva, pasa ineludiblemente por nuestra propia conversión radical, personal y colectiva.

El sufrimiento del mundo es de tal envergadura que arrastra hasta la línea de la increencia. No debe asustarnos que entre la increencia y la fe haya una raya de tiza. Quien es capaz de atravesarla encontrará un mundo maravilloso y una esperanza sin fin en el Dios de Jesucristo. Pero la fe siempre la llevamos en vasijas de barro, mientras la creación gime con dolores de parto. El misterio sigue ahí y así hay que aceptarlo. Quien atraviesa la raya de tiza tiene la tarea de colaborar con la gracia y abandonarse del todo en el Todo. Abandonar la periferia, abandonar las armas sean cuales sean y replegarse al centro para morir al yo viejo con Cristo y resucitar con él.

La increencia que nos rodea hará posible que esta aventura se haga sin ruido y el rumor se transmita más en el subsuelo que en la superficie de la sociedad. No por cobardía, sino por eficacia. Si las dos intervenciones sobresalientes de Dios Padre en la creación tuvieron lugar en una joven mujer y en la resurrección de su Hijo y ambas sucedieron en el silencio de la noche sin testigos, no puede extrañarnos que lo sucedido con los enfermos de sida en estos años haya pasado desapercibido para la mayoría y que así siga siendo. Tal actitud ahuyentará de nosotros cualquier superioridad frente a los increyentes, con quienes somos solidarios y hermanos en búsqueda de un mundo nuevo.

Sólo debemos subir al alminar de la torre del trovador para gritar a la sociedad su violencia, injusticia y contradicciones irresueltas. Desde ahí divisaremos un horizonte lejano que nos impedirá encerrarnos en nuestro pequeño mundo. Descubriremos, por ejemplo, cómo los enfermos terminales de sida del primer mundo podrían muy bien pertenecer a las clases medias de muchos lugares de África. Asimismo podremos comprobar cómo los medicamentos aquí administrados a los enfermos, tardarán años en llegar a algunos lugares de ese continente que sufre una auténtica pandemia.

Sirva, por tanto, el alminar para la denuncia y la voz de los sin voz y dejemos que el rumor de Cristo transcurra en el silencio del centro de la torre.

6. Epílogo

Estando un día reunidos, Esteban hace de repente un gesto extraño, se lleva la mano a la garganta y exclama: Compañeros, me acabo de tragar un «piño» (es decir, un diente; todo consecuencia de la heroína). Nos mira a todos en silencio con cara de perplejidad y añade: «Hay que ver cómo se estropean los cuerpos» Ciertamente los cuerpos de los enfermos de sida se han estropeado muy deprisa en estos años, pero por dentro se han ido renovando y creciendo, cumpliéndose de nuevo la Escritura, al decir de san Pablo: «Aunque nuestra condición física se vaya deshaciendo, nuestro interior se renueva día a día» (2 Cor 4,16). Con mucha alegría he de decirles que cada día los cuerpos se deterioran menos, debido a los enormes avances científicos de los últimos meses. Un cóctel de medicinas ha frenado la mortandad; muy pronto el sida será una enfermedad crónica.

Las experiencias aquí expuestas han sido interpretadas desde tres pinceladas geniales de santa Teresa de Jesús: «Los ojos en el verdadero y perpetuo reino que pretendemos ganar» (*Vida* 15 11,). «Pongamos los ojos en Cristo» (*Moradas* 1,2,11). «Poned los ojos en el centro» (*Moradas* 1,2,8). En las tres se resume todo lo que he querido decir, no sé si con fortuna.

Muchas otras cosas han sucedido en estos años en la torre del trovador, sólo algunas han sido relatadas. Historias de vida o muerte, porque en la torre no hay términos medios: o vida, o muerte. ¿No será este también el dilema de la Iglesia?

Procuremos, en todo caso, ser trovadores de las misericordias de Dios.

La vida de una comunidad benedictina en medio de un lugar de mucha actividad

Rev. Aragon. Teol. 6 (1997)

Comunidad benedictina de Zaragoza

Para bien o para mal nos ha tocado vivir una época dominada por la velocidad. Nuestro monasterio está enclavado en la carretera de Logroño, en medio de los ruidos y actividad del hombre que comienza su jornada. Son tantas las cosas, las obligaciones y las urgencias que requieren al hombre de hoy, que no tiene ni tiempo para la tranquilidad, el sosiego y la paz.

Desde la perspectiva y atalaya, que viene a ser en este caso nuestro monasterio, se puede diagnosticar, sin mucho margen de error, una de las graves enfermedades que asfixian al hombre moderno: la fatiga de la civilización o la civilización de la fatiga. Vivimos inmersos en la cultura de lo inmediato. El virus de la prisa se extiende como una mancha de aceite por todo el planeta, prisa que devora lo mejor de la vida del alma: la paz, la felicidad, el sosiego, el equilibrio, el disfrute de cuanto hay de bello y fascinante en la creación.

Recogiendo estos ecos que nos llegan desde todos los puntos donde el hombre se afana en su trabajo, las monjas vivimos ese encuentro con Dios que nos hace llegar a la profundidad, asomarnos desde Dios para descubrir nuestro verdadero rostro y el de nuestros hermanos. Es un hecho incuestionable que, si nos asomamos al espejo de Dios, nuestra vida se clarifica, se descubre el significado de la historia del mundo, nuestro ser se impregna de una honda calma y se realiza el encuentro de lo disperso.

Nuestra espiritualidad

Los primeros monjes no tenían conciencia de vivir una espiritualidad distinta de la de los demás bautizados. Esta conciencia que tenían los Padres del yermo, es muy explícita en san Basilio; él cree que todas las prácticas que normalmente se consideran monásticas tienen que ser prácticamente patrimonio de todos los cristianos, excepto el celibato o la virginidad. Y cuando algunos laicos se le quejan de dichas exigencias les contesta que no han tomado en serio el Evangelio. Para él los monjes, no son sino unos cristianos que quieren ser consecuentes con su fe y viven de ella con más radicalidad algunos aspectos concretos (celibato, virginidad, comunión de bienes, obediencia, asiduidad a la oración...), mientras que, por su parte, los no monjes podrán vivir otros.

A la pregunta, pues, sobre si existe una espiritualidad monástica tenemos que responder, a partir de las fuentes del monacato, con un «no» y un «sí» al mismo tiempo. «No» en el sentido de que los monjes, las monjas, no tienen un sistema de vida espiritual diferente de la fe de los demás cristianos. Y «sí», en el sentido de que tenemos algunas particularidades específicas a la hora de vivir lo que es exigencia común para todos los bautizados. Estos elementos son: el tiempo dedicado a la oración litúrgica y privada, un determinado grado de pobreza y de comunión de bienes, la vida fraterna entre personas de muy distintas características, la obediencia en la inmediatez diaria, el ambiente de silencio, etc., contribuyen a configurar, armonizados convenientemente, el estilo monástico de vivir el Evangelio. En otras palabras: la espiritualidad monástica.

Para san Benito, los monjes, las monjas son unos cristianos que quieren ser coherentes con su fe, que quieren responder a la llamada a la santidad que Dios hace a todos. Por eso su Regla no pretende otra cosa que mostrar el camino que lleva a la vida verdadera y perpetua «tomando por guía el Evangelio» (Cf. RB Prol. 14-12). Cabe decir que, a lo largo de catorce siglos cada época ha interpretado la Regla benedictina y su autor de acuerdo con las distintas situaciones históricas y con las mentalidades y las necesidades de cada momento. Lo cual ha dado lugar a una gama variadísima de formas de vida monástica, aunque siempre dentro de una cierta homogeneidad.

Podemos centrar nuestra espiritualidad alrededor de dos puntos fundamentales: el cristocentrismo y la vida fraterna, es decir «cenobítica», en el sentido más etimológico de la palabra. El fuerte cristocentrismo de la Regla benedictina tiene su explicación profunda en el contexto eclesial en el que fue escrita. Por un lado, la controversia arriana, y por otro lado, una conciencia fuerte de la presencia de Cristo resucitado en la Iglesia. Dicho cristocentrismo da una imagen muy profunda de las relaciones del monje, de la monja, con Dios y una visión muy positiva de cada persona concreta.

Este cristocentrismo no se reduce a una idea abstracta. Proviene de una honda convicción teológica y tiene una finalidad muy práctica: llevar a una identificación lo más plena posible del monje, de la monja, con Cristo humilde, obediente, siervo del Padre y de los hermanos. Para ello la Regla propone un itinerario ascético que, por medio de una vivencia profunda de la paciencia evangélica y del servicio a los demás, conduzca a la pacificación interior y a la alegría espiritual vivida en el amor. La oración —particularmente la oración litúrgica— está, también impregnada, como no podía ser menos, de cristocentrismo. Toda ella es interiorización del misterio Pascual de Cristo. Tanto la «Salmodia» como la «lectura divina», a la que se da tanta importancia, está centrada en Cristo en tanto que toma como base fundamental la Sagrada Escritura.

La ascesis y la oración, por lo tanto, están estrechamente vinculadas, la primera es la condición para una vivencia profunda de la segunda. Las dos llevan a profundizar la filiación divina recibida en el bautismo, por medio de Cristo y del Espíritu,

a medida que uno se va dejando transformar interiormente por la gracia para que se reproduzca en él la imagen del Hijo.

Si bien el aspecto de vida fraterna es común a muchas formas de monacato, la comunidad de hermanos que la Regla dibuja es muy original en relación con otros proyectos cenobitas. Destaca la importancia que da a la comunión fraterna; la insistencia en referirse a los miembros de la comunidad con el nombre de «hermanos» o «hermanas» con preferencia al de «monjes» o «monjas», la humanidad hacia todos y de un modo especial hacia los que experimentan algún tipo de debilidad física o psíquica, manifestada entre otras cosas por una mitigación de las prácticas ascéticas; la corresponsabilidad de todos los miembros de la fraternidad en la marcha del monasterio; la importancia que da al servicio mutuo; la obediencia dialogada con el superior, sobre todo en cosas difíciles.

Todos estos elementos, sumados al conjunto de normas ascéticas y de doctrina espiritual que san Benito reelabora a partir de la tradición anterior, constituyen «*La espiritualidad benedictina*». Una espiritualidad que tiene personalidad propia dentro de la gran corriente del monacato en el cual hay que insertarla para comprenderla bien. Esa personalidad propia, sin embargo, es tan adaptable a las distintas circunstancias históricas y temporales que se ha mantenido viva a lo largo de los siglos, por más que haya coexistido, y coexista todavía, con otras formas de espiritualidad monástica.

Además, la espiritualidad monástica, está tan enraizada en lo que tiene que ser la espiritualidad básica de todo cristiano —es decir, en la Escritura, en la liturgia y en el amor fraterno— que la Regla de san Benito se ha convertido en maestra de vida hasta más allá del interior de los monasterios. De hecho, la Regla benedictina no es exclusiva de los monjes, de las monjas, sino patrimonio de la Iglesia abierto a todos. Más aún, en último término, el monacato es, para los creyentes en Cristo y para la sociedad en general, un signo del sentido de la existencia, de la vocación fundamental que Dios ha dado a cada ser humano y de las grandes líneas por las que debe transcurrir el camino que lleva a vivirla. El monje, la monja, incluso a nivel humano tiene una aportación positiva que ofrecer. Puede ayudar a curar de sus heridas y sus oscuridades a los que de algún modo se acercan a nuestros monasterios, puede ayudarles a restaurar su armonía interior, a abrirse solidariamente a los demás. Puede hacerlo porque él mismo, ella misma, vive un combate íntimo para unificar su personalidad, para crear comunión y para vivir la fe.

La búsqueda de Dios, meta de nuestra vida benedictina

Cuando la gente anda afanada y casi con lupa buscando cuál es su carisma, nosotras podemos decir que nuestro carisma es el «carisma de la Iglesia»: *la búsqueda apasionada de Dios*. En el Evangelio encontramos la norma inspiradora de nuestra vida y en la Regla de san Benito, fiel reflejo de toda Sagrada Escritura, la expresión de nuestra espiritualidad.

Parafraseando Mateo 20 (el patrón que va a buscar trabajadores para su viña), san Benito presenta, la vocación a la vida monástica, como una búsqueda constante de Dios. El monasterio es una comunidad de hermanos, de hermanas, reunidos por Cristo y para Cristo, que buscan sinceramente a Dios como meta de su vocación.

Buscar a Dios. He aquí la palabra clave que explica y justifica nuestra vida. Buscamos a Dios dentro del monasterio; en la simplicidad de nuestro hacer diario, en el roce continuo con nuestras hermanas de hábito, y conjugando equilibradamente el «**ora et labora**» del lema monástico. Esa búsqueda no la concretamos en nada, en ningún acto; búsqueda que abarca todo nuestro ser, todo nuestro día y toda nuestra vida. San Benito quiere que todo en el monasterio sea tratado como vasos del Altar. Así, toda la actividad de la monja, del monje, está revestida de una sacramentalidad que apunta y conduce al encuentro con Dios.

No obstante la Liturgia ocupa un lugar privilegiado, a la que nada hay que anteponer, (RB) porque ha sido siempre el modo de iniciar una relación con el Señor. Lo buscamos en la acogida al hermano que llega a las puertas del monasterio. En las relaciones fraternas y en la oración, sabiendo que «seremos escuchados no por hablar mucho, sino por la pureza del corazón y lágrimas de compunción». (RB 20,3).

La búsqueda de Dios es siempre un indicio auténtico de vocación benedictina. Así, en el modo de recibir a los hermanos san Benito pide al maestro de novicios que «tenga solicitud en observar si realmente busca a Dios» como primera condición para profesar en la vida monástica. De este modo la búsqueda de Dios, se convierte en criterio fundamental de vocación benedictina

Buscar a Dios indica el aspecto dinámico de la vida monástica, que no puede consistir en la congelación de una actitud inicial, sino avanzar más y más hacia Dios. Buscar a Dios es, pues, la condición fundamental, la única para ser monje, monja. Todo lo demás ya le será dado si de veras busca a Dios. Esta búsqueda de Dios en todo y en todos, es la característica del monje, de la monja benedictinos de hoy, de ayer y de siempre; será además como la condición de su subsistencia entre la multiforme gama de carismas de la vida religiosa dentro de la Iglesia.

Nuestro estilo de vida y el tiempo empleado

Tres grandes medios monásticos perfilan nuestro estilo de vida y llenan nuestro tiempo: vida litúrgica, vida de trabajo y vida comunitaria.

Vida litúrgica

Basta asomarse a la Regla de san Benito para constatar la importancia que tiene en ella la vida litúrgica de la comunidad. Una buena parte de la misma está dedicada a la ordenación de la liturgia.

Nuestra vida está consagrada especialmente a estas tres actividades que constituyen la tarea de todo cristiano, pero a la que nosotras le dedicamos, mucho más que